

EL EUROPEO TOTAL



Por Rodrigo Fresán

Los libros del alemán Winfried Georg Maximilian Sebald —mejor conocido como W.G. Sebald o Max Sebald— están marcados y recorridos por el movimiento de la tracción a sangre. A veces su Yo narrador se sube a un automóvil —de hecho Sebald (1944-2001) murió en un accidente de carretera— pero no demora en bajarse para ponerse a recorrer calles y estantes de biblioteca con la exquisita lentitud de quien tiene todo el tiempo del mundo o de quien sospecha que no le queda mucho para hacer de este lado. Entonces: ¿cuál es el apuro? Sebald era, sí, un perfecto escritor de viajes lentos y organizados para disfrutarlos con la velocidad abstracta de la memoria.

Algunas precisiones:

Sebald era un académico respetado por los suyos que, además, escribía unas ficciones “mixtas” —*Los emigrantes*, *Los anillos de Saturno*, *Vértigo*, *Austerlitz* pertenecen a un género inasible al que rarifica todavía más con fotos, dibujos, planos— entre el ensayo y lo narrativo, que lo hicieron muy querido por cierta crítica y por ciertos lectores que antes ya habían pasado por Kundera, Eco & Co., es decir, un escritor inteligente para un lector inteligente pero —atención— no un “escritor de ideas” sino un escritor con buenas ideas.

Sebald era un Europeo Total: alemán oficiando primero como lektor y después como profesor de literatura en universidades inglesas durante casi cuarenta años a la vez que escritor en su idioma nativo (trabajando codo a codo con sus traductores) y sintetizador *cum laude* de la naturaleza de su continente.

Sebald era un elegante divulgador procesando vidas y obras de otros para —subliminalmente y no tanto— relacionarlas con la suya e insinuar —subliminalmente y no tanto— que Stendhal, Casanova, Browne, Conrad, Napoleón y siguen las firmas eran, de algún modo, parte inseparable de un Sebald, quien no se cansaba de repetir que “no leo contemporáneos” y “no soporto los chirriantes ruidos de las novelas modernas”.

Su Gran Tema era la batalla de la memoria (“la memoria es la espina dorsal de toda literatura respetable”) contra el olvido y su compulsión —perfecta para un perfecto lector progre— era la de sacar a relucir los recuerdos, lo olvidado a propósito, lo desaparecido, dragar esos “océanos de silencio”.

El relato/ensayo/reflexión que abre el libro *Los emigrantes* (que lo consagró internacionalmente a partir de su edición inglesa de 1996) es una perfecta muestra de su estilo y estrategia: Sebald se presenta en pocas líneas y se esfuma detrás de una historia que él busca y encuentra y escribe y, al final, el narrador se convierte en estilo y lo narrado —su forma y su trama— en el verdadero autor del asunto.

Doctor Henry Selwyn

Llevaba el cabello cano peinado hacia atrás, pero una y otra vez le caía algún mechón sobre la frente notablemente alta. *Estaba contando las hojas de hierba*, dijo a modo de disculpa por su aturdimiento.

Por W.G. Sebeld

Queda el recuerdo, no lo destruyáis

A finales de septiembre de 1970, poco antes de tomar posesión de mi cargo en la ciudad de Norwich, en el este de Inglaterra, partí con Clara en dirección a Hingham en busca de casa. La carretera recorre unas quince millas entre sembrados, a lo largo de setos, bajo majestuosas encinas y junto a varios poblados dispersos, hasta que por fin emerge Hingham, con sus frontispicios dispares, la torre y las puntas de los árboles apenas asomando sobre la planicie. La ancha plaza del mercado, rodeada de fachadas silenciosas, estaba desierta, pero no nos costó mucho dar con la casa que nos había indicado la agencia. Era una de las más grandes del lugar; se hallaba no lejos de una iglesia situada en un cementerio tapizado de césped con pinos escoceses y tejos, en una calle tranquila, oculta tras un muro alto y un espeso e intrincado seto de saúco espinoso y laurel de Portugal. Descendimos por la suave pendiente de la espaciosa entrada de coches y cruzamos la explanada cubierta impecablemente de gravilla fina. A mano derecha, detrás de las caballerizas y cocheras, se alzaba al cielo despejado de otoño un hayedo con una colonia de cornejas que en aquel momento, al comienzo de la tarde, estaba abandonada; los nidos formaban bultos oscuros bajo la bóveda de hojas que sólo se movía esporádicamente. La mansión de estilo neoclásico, plantada a lo ancho sobre el terreno, tenía la fachada cubierta de vid silvestre, con la puerta principal pintada de negro. Accionamos varias veces la aldaba de latón, que tenía forma de pez sinuoso, sin que en el interior de la casa dieran señales de vida. Los vidrios de las ventanas, subdivididas en doce compartimientos, parecían espejos oscuros. No daba la sensación de que alguien habitara allí. Y entonces me acordé de aquella quinta en la región de Charente que había visitado una vez desde Angulema, ante la cual dos hermanos chiflados, uno diputado, el otro arquitecto, habían erigido, durante décadas de trabajo sobre planos y proyectos, la fachada del palacio de Versailles, un decorado desprovisto de todo sentido pero realmente impresionante desde la distancia, cuyas ventanas eran tan relucientes y ciegas como la casa ante la que nos encontrábamos en aquel momento. Sin duda habríamos vuelto sobre nuestros pasos con las manos vacías de no ser por uno de aquellos fugaces intercambios de miradas que nos in-

fundió valor mutuamente para inspeccionar al menos el jardín. Sigilosos rodeamos la casa. En la cara norte, los ladrillos se habían tornado verduscos, los muros estaban cubiertos en parte de hiedra jaspeada, y un camino musgoso enfilaba por delante de la entrada del servicio y las leñeras, a través de profundas umbrías, para dar finalmente a una especie de estrado, una gran terraza con balaustrada de piedra, bajo la cual se extendía un cuadrilátero de césped, encajado entre macizos de flores, arbustos y árboles. Más allá del césped, en dirección oeste, el paisaje se abría: un parque salpicado de tilos, olmos y encinas de hoja perenne. Detrás, la suave ondulación de los sembrados y la blanca cordillera de nubes en el horizonte. Atónitos contemplamos largo rato aquel panorama, que descendía de forma escalonada y luego volvía a ascender atrayendo la mirada hacia lo lejos; creíamos estar completamente solos hasta que vimos, en la penumbra proyectada por un alto cedro en el rincón sudoeste del jardín, una figura inmóvil tendida sobre la hierba. Era un anciano que tenía la cabeza apoyada sobre el brazo acodado y parecía absorto observando el pedazo de tierra situado justo delante de sus ojos. Nos acercamos cruzando el césped, que confería a cada uno de nuestros pasos una asombrosa ligereza. Pero hasta que llegamos casi a su lado, el anciano no reparó en nosotros, y entonces se levantó, no sin cierta turbación. A pesar de su gran estatura y sus hombros anchos, parecía rechoncho, incluso se diría que era una persona menuda. Esto quizá se debiera a que, como pronto pudimos comprobar, siempre llevaba puestas unas gafas de leer de montura dorada y medias lentes y miraba por encima del borde con la cabeza agachada, por lo que seguramente había adquirido el hábito de adoptar una postura encorvada, casi suplicante. Llevaba el cabello cano peinado hacia atrás, pero una y otra vez le caía algún mechón sobre la frente notablemente alta. *I was counting the blades of grass (Estaba contando las hojas de hierba)*, dijo a modo de disculpa por su aturdimiento. *It's a sort of pastime of mine. Rather irritating, I am afraid (Es un pasatiempo que tengo. Bastante enojoso, supongo)*. Con la mano se echó para atrás uno de los mechones blancos. Torpes y al mismo tiempo esmerados eran sus ademanes; de una cortesía totalmente desusada también la manera en que se presentó con el nombre de doctor Henry Selwyn. Sin duda, añadió, estábamos allí por el asunto de la vivienda. Que él supiera todavía no estaba alquilada, pero en todo

caso tendríamos que esperar hasta que regresara la señora Selwyn, pues ella era la propietaria de la casa, y él, en cambio, un simple morador del jardín, *a kind of ornamental hermit. (Una especie de ermitaño ornamental)*. Al calor de la conversación que se entabló tras estos primeros comentarios caminamos a lo largo de la verja de hierro que separaba el jardín del parque abierto. Hicimos un alto. Rodeando un pequeño alisal se acercaron tres recios caballos blancos, que resollaban y en su trotar levantaban trozos de césped. Expectantes se plantaron delante de nosotros. El doctor Selwyn les dio pienso que sacó del bolsillo del pantalón y les acarició los ollares. Viven, dijo, de mi caridad. El año pasado los compré por unas libras en la subasta, de lo contrario habrían ido a parar con toda seguridad al desolladero. Se llaman *Herschel, Humphrey e Hippolytus*. Desconozco su pasado, sólo sé que al adquirirlos su aspecto era lamentable. Tenían la piel sarnosa, la mirada triste y los cascos hechos jirones de tanto permanecer en un campo encharcado. Mientras, dijo el doctor Selwyn, se han recuperado bastante, y quizá les queden algunos años de vida feliz. Entonces se despidió de los caballos, que visiblemente le profesaban gran afecto, y deambuló con nosotros, deteniéndose de vez en cuando para puntualizar aquello de que hablaba, hacia las partes más recónditas del jardín. A través del matorral que lindaba por el sur con el césped, un sendero nos condujo a un pasillo bordeado de avellanos. En el ramaje que formaba un techo encima de nosotros había ardillas pardas haciendo de las suyas. El suelo estaba alfombrado de cáscaras de las avellanas abiertas y cientos de cólicos interceptaban la trémula luz que penetraba entre las hojas ya secas que el aire hacía crepitar. El avellanado desembocaba en una pista de tenis, flanqueada por un muro de ladrillo encajado. *Tennis*, dijo el doctor Selwyn, *used to be my great passion. But now the court has fallen into disrepair, like so much else around here. (El tenis era mi pasión. Pero ahora la pista se ha deteriorado, como tantas otras cosas por aquí)*. No sólo el huerto, prosiguió señalando hacia los invernaderos victorianos semidesmoronados y los emparrados decrepitos, no sólo el huerto está en las últimas tras muchos años de abandono, sino también la naturaleza desatendida —él lo notaba más y más— gime y se desploma bajo el peso de la carga que le imponemos. Por supuesto que el huerto, instalado en su momento para alimentar a una gran casa y que abastecía la mesa durante todo el año de



Doctor Henry Selwyn

Llevaba el cabello cano peinado hacia atrás, pero una y otra vez le caía algún mechón sobre la frente notablemente alta. *Estaba contando las hojas de hierba*, dijo a modo de disculpa por su aturdimiento.

Por W.G. Sebeld

Queda el recuerdo, no lo destruyáis

A finales de septiembre de 1970, poco antes de tomar posesión de mi cargo en la ciudad de Norwich, en el este de Inglaterra, parti con Clara en dirección a Hingham en busca de casa. La carretera recorre unas quince millas entre sembrados, a lo largo de setos, bajo majestuosas encinas y junto a varios poblados dispersos, hasta que por fin emerge Hingham, con sus frontispicios dispares, la torre y las puntas de los árboles apenas asomando sobre la planicie. La ancha plaza del mercado, rodeada de fachadas silenciosas, estaba desierta, pero no nos costó mucho dar con la casa que nos había indicado la agencia. Era una de las más grandes del lugar: se hallaba no lejos de una iglesia situada en un cementerio tipizado de césped con pinos escoceses y tejos, en una calle tranquila, oculta tras un muro alto y un espeso e intrincado seto de saúco espinoso y laurel de Portugal. Descendimos por la suave pendiente de la espaciosa entrada de coche y cruzamos la explanada cubierta impecablemente de gravilla fina. A mano derecha, detrás de las calaverizas y cocheras, se alzaba al cielo despejado de otoño un hayedo con una colonia de cornejas que en aquel momento, al comienzo de la tarde, estaba abandonada: los nidos formaban bullos oscuros bajo la bóveda de hojas que sólo se movía esporádicamente. La manión de estilo neoclásico, plantada a lo ancho sobre el terreno, tenía la fachada diseñada de vil silvestre, con la puerta principal pintada de negro. Accionamos varias veces la alabada de latón, que tenía forma de pez sinuoso, sin que en el interior de la casa dieran señales de vida. Los vidrios de las ventanas, subdivididos en doce compartimientos, parecían espejos oscuros. No daba la sensación de que alguien habitara allí. Y entonces me acordé de aquella visita en la región de Charente que había quedado una vez desde Angulema, ante la cual dos hermanitos chiflados, uno disputado, el otro arquitecto, habían erigido, durante décadas de trabajo sobre planos y proyectos, la fachada del palacio de Versailles, un decorado desprovisto de todo sentido pero realmente impresionante desde la distancia, cuyas ventanas eran tan relucientes y ciegas como la casa ante la que nos encontramos en aquel momento. Sin duda habríamos vuelto sobre nuestros pasos con las manos vacías de no ser por uno de aquellos fugaces intercambios de miradas que nos in-

fundió valor mutuamente para inspeccionar al menos el jardín. Sigilosos rodeamos la casa. En la cara norte, los ladrillos se habían tornado verduscos, los muros estaban cubiertos en parte de hiedra jaspada, y un camino musgoso enfilaba por delante de la entrada del servicio, a las leñeras, a través de profundas umbrías, para dar finalmente a una especie de estrado, una gran terraza con balaustrada de piedra, bajo la cual se extendía un cuadrilátero de césped, encajado entre macizos de flores, arbustos y árboles. Más allá del césped, en dirección oeste, el paisaje se abría a un parque salpicado de tilos, olmos y encinas de hoja perenne. Detrás, la suave ondulación de los sembrados y la blanca cordillera de nubes en el horizonte. Atónitos contemplamos largo rato aquel panorama, que descendía de forma escalonada y luego volvía a ascender atrayendo la mirada hacia lo lejos; creíamos estar completamente solos hasta que vimos, en la penumbra proyectada por un alto cedro en el rincón sudeste del jardín, una figura inmóvil tendida sobre la hierba. Era un anciano que tenía la cabeza apoyada sobre el brazo acodado, pero hasta que llegamos casi a su lado, el anciano no reparó en nosotros, y entonces se levantó, no sin cierta turbación. A pesar de su gran estatura y sus hombros anchos, parecía rechoncho, incluso se diría que era una persona menuda. Esto quizá se debía a que, como pronto pudimos comprobar, siempre llevaba puestas unas gafas de leer de montura dorada y medias lentes y miraba por encima del borde con la cabeza agachada, por lo que seguramente había adquirido el hábito de adoptar una postura encorvada, casi suplicante. Llevaba el cabello cano peinado hacia atrás, pero una y otra vez le caía algún mechón sobre la frente notablemente alta. *I was counting the blades of grass (Estaba contando las hojas de hierba)*, dijo a modo de disculpa por su aturdimiento. *It's a sort of pastime of mine. Rather irritating, I am afraid (Es un pasatiempo que tengo. Bastante enojoso, supongo).* Con la mano se echó para atrás uno de los mechones blancos. Torpes y al mismo tiempo asombrados éramos sus ademanes; de una corteza totalmente desusada también la manera en que se presentó con el nombre de doctor Henry Selwyn. Sin duda, añadió, estábamos allí por el asunto de la vivienda. Que él supiera todavía no estaba alquilada, pero en todo

caso tendríamos que esperar hasta que regresara la señora Selwyn, pues ella era la propietaria de la casa, y él, en cambio, un simple morador del jardín, *a kind of ornamental hermit. (Una especie de ermitaño ornamental).* Al calor de la conversación que se entabló tras estos primeros comentarios caminamos a lo largo de la verja de hierro que separaba el jardín del parque abierto. Hicimos un alto. Recordando un pequeño alisal se acercaron tres reos caballos blancos, que resollaban y en su trotar levantaban trozos de césped. Expectantes se plantaron delante de nosotros. El doctor Selwyn les dio pienso que sacó del bolsillo del pantalón y les acarició los ollares. Viven, dijo, de mi caridad. El año pasado los compré por unas libras en la subasta, de lo contrario habrían ido a parar con toda seguridad al desolladero. Se llaman *Herchel, Humphrey e Hippolytus*. Desconozco su pasado, sólo sé que al adquirirlos mi aspecto era lamentable. Tenían la piel sarnosa, la mirada triste y los cascos hechos jirones de tanto permanecer en un campo encharcado. Mientras, dijo el doctor Selwyn, se han recuperado bastante, y quizá les queden algunos años de vida feliz. Entonces se despidió de los caballos, que visiblemente le profesaban gran afecto, y deambuló con nosotros, deteniéndose de vez en cuando para puntualizar aquello de que hablaba, tenía las partes más recónditas del jardín. A través del matorral que lindaba por el sur con el césped, un sendero nos condujo a un pasillo bordeado de avellanos. En el ramaje que formaba un techo encima de nosotros había ardillas pardas haciendo de las suyas. El suelo estaba alfombrado de cáscaras de las avellanas abiertas y cientos de cólicos interceptaban la trémula luz que penetraba entre las hojas ya secas que el aire hacía crepitar. El avellano desembocaba en una pista de tenis, flanqueada por un muro de ladrillo encaulado. *Tennis*, dijo el doctor Selwyn, *used to be my great passion. But now the court has fallen into disrepair, like so much else around here. (El tenis era mi pasión. Pero ahora la pista se ha deteriorado, como tantas otras cosas por aquí).* No sólo el huerto, prosiguió señalando hacia los invenerados victorianos semidesmoronados y los emparados decrépitos, no sólo el huerto está en las últimas tras muchos años de abandono, sino también la naturaleza desatendida bajo el peso de la carga que le imponemos. Por supuesto que el huerto, instalado en su momento para alimentar a una gran casa y que abastecía la mesa durante todo el año de



frutas y hortalizas cultivadas con maestría, a pesar del abandono seguía produciendo tanto que él tenía mucho más que suficiente para cubrir sus necesidades. El asilvestramiento del antaño modélico huerto encierra por cierto la ventaja, dijo el doctor Selwyn, de que lo que aquí crece, o que él mismo ha sembrado o plantado acá o allá, sin mayores pretensiones, en su opinión tiene un sabor realmente exquisito. Pasamos entre un esparragal invadido por la maleza con matojos que nos llegaban al hombro y una hilera de gigantesco alcornoques, hasta alcanzar un pequeño grupo de manzanos de los que colgaban innumerables frutos rojizos. El doctor Selwyn depositó en una hoja de ruibarbo una docena de estas manzanas de fábula, que efectivamente superaban en sabor todo lo que he catado desde entonces, y se las regaló a Clara indicando que esa variedad se llamaba, significativamente, *Beauty of Bath*.

Dos días después de este primer encuentro con el doctor Selwyn nos mudamos a Prior's Gate. La señora Selwyn nos había enseñado la víspera las habitaciones situadas en el primer piso de un ala lateral del edificio, provistas de muebles más bien peculiares, pero por lo demás bonitas y espaciosas, y de inmediato nos encandiló la idea de pasar allí unos meses, pues las vistas desde las ventanas altas sobre el jardín, el parque y los bancos de nubes en el cielo compensaban con creces la lóbreguez del interior. Bastaba mirar afuera para que detrás de uno desapareciera de repente el gigantesco aparador—cuya fealdad sólo podía calificarse por aproximación con la palabra *altesdeutsch*—se disolviera la pintura verde de la cocina, se esfumara como por encanto el frigorífico a gas de color turquesa que quién sabe si era del todo seguro. Heidi Selwyn, hija de un industrial de Biel en Suiza, y que como pronto íbamos a constatar tenía muy buena mano para los negocios, nos dio permiso para arreglar un poco la vivienda a nuestro gusto. Cuando pintamos de blanco el cuarto de baño, que se encontraba en un anejo apoyado en columnas de hierro y al que sólo se podía acceder por una pasarela, incluso subió para apreciar el resultado. La visión, insólita para sus ojos, le inspiró el críptico comentario de que el baño, que siempre le había recordado a un vicjo invenerado, le recordaba ahora a un palomar nuevo, una observación que me ha quedado grabada en la memoria como un juicio demolidor sobre nuestro estilo de vida, sin que yo haya logrado por ello cambiar ni un ápice de

tal estilo de vida. Pero esto es harina de otro costal. Para acceder a nuestra vivienda teníamos que pasar, bien por una escalera de hierro—ahora igualmente pintada de blanco—que ascendía del patio a la pasarela del cuarto de baño, bien en la planta baja a través de una puerta trasera de doble hoja y un ancho pasillo, donde colgaba de la pared, justo debajo del techo, un complicado sistema de cuerdas y poleas con diversas campanillas para llamar a la servidumbre. Desde este pasillo se veía el interior de la lúgubre cocina, donde una mujer de edad indeterminada se afanaba a todas horas del día, casi siempre sobre el fogadero. Aileen, que así se llamaba, llevaba el cabello rapado hasta el cogote, al estilo de los reclusos. Sus muecas y sus gestos parecían trastornados, sus labios estaban siempre mojados y vestía invariablemente una bata que le llegaba hasta los pies. Ni Clara ni yo descubrimos jamás a Aileen en la cocina, pues con una sola excepción, de la que se dará cuenta más adelante, que supiéramos allí nunca se preparó una comida. Al otro lado del corredor, a unos treinta centímetros por encima del suelo de piedra, había una puerta empotrada en la pared. Daba a una oscura escalera desde la que partían en cada planta sendos pasillos ocultos tras dobles paredes, contruidos para que los criados en su incesante ir y venir con cubos de carbón, canastas de leña, utensilios de limpieza, ropa de cama y bandejas de té, no se cruzasen continuamente en el camino de los señores. A menudo he intentado imaginar cómo debían de ser por dentro las cabezas de aquellas personas que podían vivir con la idea de que tras las paredes de las habitaciones en que se hallaban, por doquier merodeaban las sombras de la servidumbre, y me figuraba que sentirían miedo ante la naturaleza fantasmagórica de aquellos que a cambio de una misera paga desempeñaban las numerosas tareas que a diario tocaba realizar. Para llegar a nuestras habitaciones, por lo demás muy bonitas, normalmente había que pasar—otra cosa que nos molestó—por aquella escalera trasera, en cuyo primer descansillo se encontraba por cierto también la puerta siempre cerrada de la alcoba de Aileen. Tan sólo una vez tuve la ocasión de echar un vistazo al interior. Un sinnúmero de muñecas, primorosamente ataviadas y en su mayoría con un tocado en la cabeza, estaban de pie o sentadas por todo el pequeño espacio, e incluso yacían en la cama en la que dormía la propia Aileen, si es que dormía y no se pasaba la noche

entera canturreando y jugando con sus muñecas. Ocasionalmente vimos a Aileen salir de la casa, en domingo o día de fiesta, vestida con un uniforme del Ejército de Salvación. Las más de las veces venía a buscarla una niña que después salía caminando a su lado, ambas cogidas de la mano con toda familiaridad. Nos llevó bastante tiempo acostumbrarnos mal que bien a Aileen. A veces prorrumpía en la cocina, sin motivo aparente, en una risotada que sonaba extrañamente como un relincho y se oía hasta el primer piso, y eso al principio nos hacía estremecer hasta la médula. A ello se añadió que Aileen era, aparte de nosotros, la única habitante de la gran mansión que siempre estaba en casa. La señora Selwyn se encontraba a menudo de viaje durante semanas, o simplemente había salido, ocupada como estaba con la administración de las numerosas viviendas que tenía alquiladas en la ciudad y los alrededores. A su vez, el doctor Selwyn, si el tiempo acompañaba, permanecía en el exterior, en buena parte también en un pequeño refugio de paredes de pederal construido en un rincón apartado del jardín, que él llamaba *folly* y donde se había instalado con el indispensable. Aunque una mañana, pocas semanas después de mudarnos, apareció ante una ventana bajada de una de sus habitaciones en el lado oeste de la casa. Llevaba las gafas puestas, una bata escocesa a grandes cuadros y un fular blanco, y se disponía a disparar al aire con una escopeta de doble cañón inmensamente largo. Cuando al fin, después de lo que me pareció una eternidad, tronó el disparo, la detonación sacudió toda la vecindad. El doctor Selwyn me explicó más tarde que quería cercionarse de que la escopeta de caza mayor, que había adquirido muchos años atrás, de joven, todavía funcionara después de tenerla guardada sin usar en el vestidor durante decenios, y que, si recordaba bien, sólo había sido revisada una o dos veces. Me dijo que la había comprado cuando partió a la India para ocupar su primera plaza de cirujano. Que una escopeta así era en aquel entonces un elemento imprescindible del bagaje de las personas como él. Pero que no fue con ella de caza más que una sola vez, e incluso desaprovechó la ocasión para estrenarla debidamente. Y ahora había querido saber si el arma aún funcionaba, comprobando que su retroceso bastaba por sí solo para acabar con la vida de uno. ●

Este fragmento de "Doctor Henry Selwyn" se reproduce por gentileza de Editorial Destino.



frutas y hortalizas cultivadas con maestría, a pesar del abandono seguía produciendo tanto que él tenía mucho más que suficiente para cubrir sus necesidades, que confesó menguaban progresivamente. El asilvestramiento del antaño modélico huerto encierra por cierto la ventaja, dijo el doctor Selwyn, de que lo que aquí crece, o que él mismo ha sembrado o plantado acá o allá, sin mayores pretensiones, en su opinión tiene un sabor realmente exquisito. Pasamos entre un espárrago invadido por la maleza con matojos que nos llegaban al hombro y una hilera de gigantescos alcachoferos, hasta alcanzar un pequeño grupo de manzanos de los que colgaban innumerables frutos rojizos. El doctor Selwyn depositó en una hoja de ruibarbo una docena de estas manzanas de fábula, que efectivamente superaban en sabor todo lo que he catado desde entonces, y se las regaló a Clara indicando que esa variedad se llamaba, significativamente, Beauty of Bath.

Dos días después de este primer encuentro con el doctor Selwyn nos mudamos a Prior's Gate. La señora Selwyn nos había enseñado la víspera las habitaciones situadas en el primer piso de un ala lateral del edificio, provistas de muebles más bien peculiares, pero por lo demás bonitas y espaciosas, y de inmediato nos encandiló la idea de pasar allí unos meses, pues las vistas desde las ventanas altas sobre el jardín, el parque y los bancos de nubes en el cielo compensaban con creces la lóbreguez del interior. Bastaba mirar afuera para que detrás de uno desapareciera de repente el gigantesco aparador —cuya fealdad sólo podía calificarse por aproximación con la palabra *altdeutsch*—, se disolviera la pintura verde de la cocina, se esfumara como por encanto el frigorífico a gas de color turquesa que quién sabe si era del todo seguro. Heidi Selwyn, hija de un industrial de Biel en Suiza, y que como pronto íbamos a constatar tenía muy buena mano para los negocios, nos dio permiso para arreglar un poco la vivienda a nuestro gusto. Cuando pintamos de blanco el cuarto de baño, que se encontraba en un anejo apoyado en columnas de hierro y al que sólo se podía acceder por una pasarela, incluso subió para apreciar el resultado. La visión, insólita para sus ojos, le inspiró el críptico comentario de que el baño, que siempre le había recordado a un viejo invernadero, le recordaba ahora a un palomar nuevo, una observación que me ha quedado grabada en la memoria como un juicio demolidor sobre nuestro estilo de vida, sin que yo haya logrado por ello cambiar ni un ápice de

tal estilo de vida. Pero esto es harina de otro costal. Para acceder a nuestra vivienda teníamos que pasar, bien por una escalera de hierro —ahora igualmente pintada de blanco— que ascendía del patio a la pasarela del cuarto de baño, bien en la planta baja a través de una puerta trasera de doble hoja y un ancho pasillo, donde colgaba de la pared, justo debajo del techo, un complicado sistema de cuerdas y poleas con diversas campanillas para llamar a la servidumbre. Desde este pasillo se veía el interior de la lúgubre cocina, donde una mujer de edad indeterminada se afanaba a todas horas del día, casi siempre sobre el fregadero. Aileen, que así se llamaba, llevaba el cabello rapado hasta el cogote, al estilo de los reclusos. Sus muecas y sus gestos parecían trastornados, sus labios estaban siempre mojados y vestía invariablemente una bata que le llegaba hasta los pies. Ni Clara ni yo descubrimos jamás a qué menesteres se dedicaba Aileen todos los días en la cocina, pues con una sola excepción, de la que se dará cuenta más adelante, que supiéramos allí nunca se preparó una comida. Al otro lado del corredor, a unos treinta centímetros por encima del suelo de piedra, había una puerta empotrada en la pared. Daba a una oscura escalera desde la que partían en cada planta sendos pasillos ocultos tras dobles paredes, contruidos para que los criados en su incesante ir y venir con cubos de carbón, canastas de leña, utensilios de limpieza, ropa de cama y bandejas de té, no se cruzasen continuamente en el camino de los señores. A menudo he intentado imaginar cómo debían de ser por dentro las cabezas de aquellas personas que podían vivir con la idea de que tras las paredes de las habitaciones en que se hallaban, por doquier merodeaban las sombras de la servidumbre, y me figuraba que sentirían miedo ante la naturaleza fantasmagórica de aquellos que a cambio de una mísera paga desempeñaban las numerosas tareas que a diario tocaba realizar. Para llegar a nuestras habitaciones, por lo demás muy bonitas, normalmente había que pasar —otra cosa que nos molestó— por aquella escalera trasera, en cuyo primer descansillo se encontraba por cierto también la puerta siempre cerrada de la alcoba de Aileen. Tan sólo una vez tuve la ocasión de echar un vistazo al interior. Un sinnúmero de muñecas, primorosamente ataviadas y en su mayoría con un tocado en la cabeza, estaban de pie o sentadas por todo el pequeño aposento, e incluso yacían en la cama en la que dormía la propia Aileen, si es que dormía y no se pasaba la noche

entera canturreando y jugando con sus muñecas. Ocasionalmente vimos a Aileen salir de la casa en domingo o día de fiesta, vestida con un uniforme del Ejército de Salvación. Las más de las veces venía a buscarla una niña que después salía caminando a su lado, ambas cogidas de la mano con toda familiaridad. Nos llevó bastante tiempo acostumbrarnos mal que bien a Aileen. A veces prorrumpía en la cocina, sin motivo aparente, en una risotada que sonaba extrañamente como un relincho y se oía hasta el primer piso, y eso al principio nos hacía estremecer hasta la médula. A ello se añade que Aileen era, aparte de nosotros, la única habitante de la gran mansión que siempre estaba en casa. La señora Selwyn se encontraba a menudo de viaje durante semanas, o simplemente había salido, ocupada como estaba con la administración de las numerosas viviendas que tenía alquiladas en la ciudad y los alrededores. A su vez, el doctor Selwyn, si el tiempo acompañaba, permanecía en el exterior, en buena parte también en un pequeño refugio de paredes de pedernal construido en un rincón apartado del jardín, que él llamaba *folly* y donde se había instalado con lo indispensable. Aunque una mañana, pocas semanas después de mudarnos, apareció ante una ventana bajada de una de sus habitaciones en el lado oeste de la casa. Llevaba las gafas puestas, una bata escocesa a grandes cuadros y un fular blanco, y se disponía a disparar al aire con una escopeta de doble cañón inmensamente largo. Cuando al fin, después de lo que me pareció una eternidad, tronó el disparo, la detonación sacudió toda la vecindad. El doctor Selwyn me explicó más tarde que quería cerciorarse de que la escopeta de caza mayor, que había adquirido muchos años atrás, de joven, todavía funcionara después de tenerla guardada sin usar en el vestidor durante decenios, y que, si recordaba bien, sólo había sido revisada una o dos veces. Me dijo que la había comprado cuando partió a la India para ocupar su primera plaza de cirujano. Que una escopeta así era en aquel entonces un elemento imprescindible del bagaje de las personas como él. Pero que no fue con ella de caza más que una sola vez, e incluso desaprovechó la ocasión para estrenarla debidamente. Y ahora había querido saber si el arma aún funcionaba, comprobando que su retroceso bastaba por sí solo para acabar con la vida de uno. ●

Este fragmento de "Doctor Henry Selwyn" se reproduce por gentileza de Editorial Destino.

verano 1 2

JUEGOS

DAMERO ENIGMATICO

En las definiciones de este damero encontrará intercalaciones (El MORO CHOCó con el moreno = MOROCHO), juegos de palabras (Entrega en la raDA=DA), acertijos (Fue don Corleone = BRANDO) y anagramas (donde deberá buscar otra palabra con las mismas letras que una dada pero en otro orden: CAMARAS = MASCARA). Estos últimos están indicados en negrita. En las columnas señaladas aparecerá una frase. Como ayuda, van las sílabas que forman las palabras buscadas.

DEFINICIONES

1. Cedimos en lo que hablamos
2. Cloro y gran cariño en el grito vehemente.
3. Con vocal tranquila frena.
4. Unas dos llenas de nudos.
5. Se va a posar el pecador.
6. La tristeza os mina los espíritus.
7. El loco os mostró la gran estatua.
8. Pincha el chanclo de corcho.
9. Rebaja el precio de la bebida dulce.
10. Ella calla y hace callar.
11. Va a buscar telarañas en el letrero.
12. Alimentaba al ibis la pitonisa.
13. Ve, díles que son concejales...
14. En Roma, Iva conoció a este escritor italiano.
15. Se encuentra Raquel a punto de introducirse.
16. No remó el morocho.
17. Picaresco, te miró esta parte del vestido.
18. Si llegas tarde, mi paciencia se va a consumir.
19. No borre a la operaria.
20. Esta criatura marina es muda.
21. Dice "a, z" con agrura.
22. Un vocablo escaso.

SILABAS

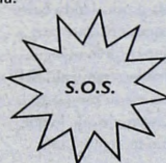
a, a, a, á, be, bi, bre, ca, car, cha, ci, ci, cla, co, co, co, de, dez, di, do, du, e, en, es, gas, ja, la, lap, les, lla, lo, me, mo, Mo, mor, mos, mos, ni, no, nu, o, pin, po, quie, ra, ra, ra, re, re, sa, sas, si, so, so, ta, tar, te, tel, trar, via.



LLEGANDO ESTA EL CARNAVAL

Para los próximos carnavales, los amigos del barrio están preparando vistosos disfraces. Establezca de qué se disfrazará cada uno, cuánto le costó la confección del disfraz y cuántas personas lo ayudaron.

1. A Esteban le costó \$300 el disfraz de árbitro de fútbol. Le ayudaron más personas que a Marcos.
2. Luis confeccionó sin ayuda su disfraz de policía.
3. Abel, que gastó \$100, fue asistido por una persona.
4. El disfraz de policía resultó más costoso que el del indio.
5. Marcos invirtió \$150 en su disfraz, que no es el de cocinero.
6. Leo fue ayudado por cuatro personas para confeccionar su disfraz de indio.



	Disfraz	Costo	Personas
	Árbitro	Cocinero	Emperador
	Indio	Policia	
	\$100	\$150	\$200
	\$250	\$300	
Nombre	Abel	Esteban	Leo
	Luis	Marcos	
Personas	0	1	2
	3	4	
Costo	\$100	\$150	\$200
	\$250	\$300	

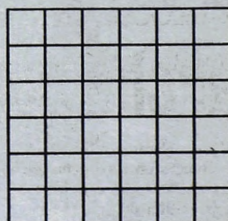


Nombre	Disfraz	Costo	Personas
.....			
.....			
.....			
.....			
.....			

ACOMODO

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

CON
APOYO
AYUDA
HACER
JUNTOS
OBRAS



SOLUCIONES

LLEGANDO ESTA EL CARNAVAL

Abel, cocinero, \$100, 1.
Esteban, árbitro, \$300, 3.
Leo, indio, \$200, 4.
Luis, policía, \$250, 0.
Marcos, emperador, \$150, 2.

DAMERO ENIGMATICO

1. Decimos.
2. Clamor.
3. Aquieta.
4. Nudosas.
5. Relapso.
6. Animos.
7. Co.
8. Chapin.
9. Jarabe.
10. Acalla.
11. Cartel.
12. Sibilla.
13. Ediles.
14. Mora.
15. Entrar.
16. Moreno.
17. Escote.
18. Gastar.
19. Obrera.
20. Medusa.
21. Acidez.
22. Poco.

ACOMODO

C	O	N	A	P	O	Y	O	A	Y	U	D	A	H	A	C	E	R	J	U	N	T	O	S	O	B	R	A	S
---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---	---

MAGIC
El Encuentro

El juego de cartas intercambiables más fascinante del mundo

¿Dónde jugar? ¿Dónde comprar?
consultas@demente.com - www.demente.com

Super Libro
DE
MENTE

La mayor colección de entretenimientos variados

Búsquelo en su kiosco